

Marco histórico y cultural

Los orígenes de nuestro idioma: el castellano y su literatura en el Medioevo

Antes de emprender nuestro viaje histórico y cultural por las letras españolas, convendrá que nos fijemos en el idioma mismo en que aquí nos estamos comunicando. Al hacerlo, se nos presentan en seguida unas preguntas. ¿Siempre existió el español? Si no, ¿cómo se originó? ¿Cómo evolucionó para llegar a ser, por número de hablantes en el siglo XXI, la segunda lengua del planeta, y medio de comunicación nativohablante de unos 500 millones de personas?

Lengua y literatura van siempre tan unidas que no quedaría completo nuestro estudio de la literatura en español sin conocer cómo nació y se desarrolló la lengua en que ésta se escribe. En nuestro empeño, trataremos de contestar otra pregunta frecuente con respecto al nombre de nuestro idioma: ¿cómo debería llamarse? ¿Castellano o español?

La palabra «español», en su sentido más estricto, supone lo que nació en el país que conocemos como España. Si fijamos nuestra atención en el mapa de Europa, resaltan tanto la configuración única de la Península Ibérica, tan salida al Océano Atlántico, como su ubicación tan céntrica para el África, el Asia y Europa. En dieciocho cuevas antiguas en el norte de España, designadas Patrimonio de la Humanidad por las Naciones Unidas, se aprecia, entre otras evidencias antropológicas, impresionante arte rupestre paleolítico, y con él una vívida presencia humana entre los años 35.000 y 11.000 a. de C. Escritores griegos como Heródoto, por los siglos V y IV a. de C., empezaron ya a documentar sus conocimientos de los pueblos íberos, cuya influencia en la península se sentía en una franja interior de norte a sur, y de otros llegados desde muy al norte: los celtas, de la misma estirpe que los celtas escoceses,

irlandeses y galeses. Éstos se fusionaron más tarde con los íberos para formar los celtíberos. Son los pueblos más antiguos documentados en la península.

Transeúntes camino al norte, al sur y al oeste, desde tiempos inmemoriales, cruzaban la faz de la Península Ibérica. Algunos de ellos eran invasores: los fenicios (S. X a VIII a. de C.), mercaderes, y los fundadores de Cádiz, la ciudad más antigua de la Europa Occidental; los griegos (S. VIII a. de C.), fundadores de puertos para el mercadeo en las costas del Mediterráneo, y más pacíficos que otros; los cartagineses (S. IV o III a. de C.), asentados al sureste, y los fundadores de Cartagena, actual capital de Murcia; y, más decisivamente, los romanos (206 a. de C. a 409 d. de C.). Después de la colonización romana, la península soportó dos invasiones medievales más: la de los bárbaros, o visigodos (409–711), y la de los moros, o musulmanes (711–1492).

Hasta la invasión romana, se hablaban en la península numerosos dialectos y subdialectos de las lenguas íbera, celta, celtíbera y vascuence. Pero la fuerza arrolladora del latín, la lengua ya formada, prestigiosa e imperial de los conquistadores romanos, hizo que las otras perecieran, aunque no del todo. Ante la necesidad de hacerse entender vencedores y vencidos, el habla autóctona influyó en el latín con préstamos de giros y voces. Esto se nota en gran número de nombres toponímicos de España—Hispania para los romanos, a base de una antigua palabra fenicia—, y también en algunas voces propias del hogar como «braga», «camisa», «cerveza», «cabaña» y «gordo».

Del griego, el español recibió un legado léxico no sólo por la presencia de los puertos griegos asentados en las costas mediterráneas, sino también por la influencia que el griego antes había ejercido sobre el latín. Fueron los griegos los que generalizaron los términos «Iberia» e «Ibero».

El latín que usaba el pueblo romano— legionarios y colonos romanos que convivían con los colonizados—no era el latín clásico de los letrados sino el vulgar, o sea, el popular; y en poco tiempo el latín vulgar, con su carga variada de influencias, llegó a ser el idioma de comunicación en la península.

Con el ocaso del Imperio Romano, al comienzo del siglo V invadieron la Península Ibérica los visigodos. Éstos contribuyeron muy poco al idioma. Ya habían convivido dos siglos con los romanos, a veces como aliados, a veces como enemigos; y ya se habían compenetrado de la cultura romana. Sin embargo, se señalan como aportes visigodos muchos nombres de personas, como Ramiro, Rosendo y Gonzalo.

Cuando desaparecieron la administración y las escuelas establecidas por los romanos, perdió su unidad el latín vulgar, y ya para el siglo IX iba dando lugar al grupo de idiomas conocidos como los romances, cada uno de ellos evolucionando con sus propias características regionales: el gallego, el castellano, el aragonés, el catalán y más. Entendida esta situación, es completamente apropiado que hablemos de un romance castellano, a diferencia, por ejemplo, del romance navarro-aragonés, o de cualquier otro.

Pero, ¿de qué depende este fraccionamiento lingüístico y el subsecuente afianzamiento

del castellano como idioma predominante en España? Para averiguarlo, hay que examinar causas históricas, políticas y económicas.

El momento histórico coincide con la implantación de la cultura árabe a consecuencia de la invasión musulmana en 711. Durante casi ocho siglos, al-Ándalus—los dominios musulmanes en la Península Ibérica pero principalmente Andalucía—logra dejar una huella profunda en el habla. Impuesto el árabe como idioma administrativo, los moros afrontan casi de inmediato la resistencia de los reinos cristianos, movimiento que adquirió el nombre de la Reconquista. Sobre la faz de España, surge una separación política que influye en el idioma: hacia el sur, al-Ándalus ve el desarrollo de dialectos mozárabes, es decir, los muy influidos por el árabe, mientras que siguen desarrollándose al norte los diversos romances de los reinos cristianos. Son notorios los préstamos del árabe al idioma popular. Basta recordar las muchísimas voces que empiezan con el artículo definido en árabe «al-», entre ellas, «alfombra», «álgebra», «albaricoque» y «almacén». Su influencia abarca una cantidad tan grande de vocablos que muchas veces el árabe nos da una palabra que repite otra castellana de significado igual: «alcázar» y «palacio», «alacrán» y «escorpión», «aceituna» y «oliva», «aceite» y «óleo», y más.

Nos acercamos al fin de esta historia y a la consolidación de la lengua castellana, idioma que la Constitución de España de 1978 reconoce como idioma oficial de la nación. La lengua se afianza durante la hegemonía musulmana, pues es éste el período en que el romance castellano produce su primera literatura: los cantares de gesta, alguna vez abundantes, aunque hoy nos quedan sólo

Marco histórico y cultural

cuatro. Son extensos poemas que cantan las grandes hazañas de los héroes de la Reconquista. Datan del siglo XI y XII. El más famoso y completo de ellos, con casi 4.000 versos, es el «Cantar de mio Cid» (c. 1200).

Estos poemas épicos de la Reconquista provocaron un acontecimiento magno para la lengua de España. Entre otras muchas reformas suyas de carácter jurídico, histórico, económico y científico, el insigne rey de Castilla y León, Alfonso X el Sabio (1252–1284), reconoció el idioma de Castilla como lengua culta. Fue un momento trascendental que creó un nuevo paradigma. Hasta entonces, el latín clásico había sido la única lengua culta de toda la Europa cristiana. Antes de Alfonso X, su padre Fernando III el Santo había permitido el uso del romance castellano en documentos jurídicos; pero el hijo, inspirado en el innegable valor literario de los cantares de gesta, realizó el acto que marca la hora en que podemos empezar a hablar del idioma castellano. Es en estos monumentos de la literatura donde se aprecia el alto grado de desarrollo de la lengua, y sus marcadas diferencias de la de los documentos notariales de la época. Bien podemos afirmar, por eso, que el afianzamiento del castellano como nuestro idioma español se debe directamente a la difusión de estos primeros productos de la literatura española: los cantares de gesta.

Apenas cinco décadas después de la muerte de Alfonso X, su sobrino don Juan Manuel elaboró, para una Castilla todavía medieval y para generaciones venideras, la colección de cuentos *El conde Lucanor*, o *Libro de Patronio*, escritos en un castellano claro y pulido.

La historia de los orígenes del castellano concluye con la hegemonía política y económica de Castilla, pues Castilla es el reino cuyo puje logra unir los reinos cristianos

del norte mediante el matrimonio en 1469 de Isabel de Castilla y Fernando de Aragón, y la caída en 1492 del último reducto del poder musulmán en el sur: Granada. Dentro de pocos meses, Cristóbal Colón abrirá el camino que pronto transforma a España en la primera potencia mundial. Sobre la fecha de 1492, se dirá más en el siguiente marco histórico y cultural.

El mayor especialista del siglo XX en la historia de la lengua española, Ramón Menéndez Pidal, llamó al español el producto de la colaboración de largos siglos de gente culta de todas las regiones hispánicas. Los hispanohablantes de hoy, seamos hablantes nativos o adoptivos, debemos un sentido voto de gratitud a esta gente, nuestros antecesores, y a la Real Academia Española, fundada en 1713. Los miembros de sus academias correspondientes hoy provienen de todos los países de habla española, y siguen llevando a cabo esta labor de «limpiar, fijar y dar esplendor» al idioma español, o castellano.

PARA REFLEXIONAR:

1. Nombra algunas de las preguntas esenciales de que trata este ensayo.
2. Nombra algunos pueblos históricos que invadieron la Península Ibérica. Compáralos entre sí.
3. Nombra algunos aportes lingüísticos de estos pueblos al idioma español de hoy.
4. ¿Qué decisión histórica tomó el rey Alfonso X el Sabio, respecto al idioma que hablamos?
5. Ante el gran número de hablantes de nuestro idioma hoy, y el número de países donde se habla, ¿qué papel tiene la Real Academia Española? ¿Qué pudiera pasar con el idioma si no existiera esta academia?